

JUAN ALBERTO CAMPOY CERVERA

TOTUM REVOLUTUM
RELATOS Y REFLEXIONES

Novísima Biblioteca
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

©Juan Alberto Campoy

De la edición: © Ediciones Irreverentes

Octubre de 2008

Ediciones Irreverentes S.L.

Editor@edicionesirreverentes.com

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-19-4

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

*Para Alicia, Andrés, Diego, Guillermo, Irene,
Miguel y Pablo.*

*"Érase una vez, y de pronto un día, y justo cuando
todo iba bien, y justo en el último momento, y después
todos vivieron felices y comieron perdices. Y punto final".
(David Mamet).*

PRESENTACIÓN

Buenas tardes

Este es mi segundo libro. Soy reincidente, lo reconozco, y quizá os deba una explicación, como diría Pepe Isbert. Y esa explicación que os debo os la voy a dar. El poeta inglés William Cowper sentenció que “quién lee mucho, intentará algún día escribir”. Tal vez sea eso lo que me ha ocurrido, que he leído mucho, pero no os quejéis que hubiera podido ser peor. Hay otros a los que el exceso de lecturas les lleva a abandonar su hogar y a salir por esos caminos de Dios a reparar agravios y deshacer entuertos, y no señalo a nadie.

Sea como fuere, aquí está el libro, recién salido del horno. La mayoría de los relatos que lo componen están escritos en clave de humor, aunque hay de todo, como en botica..., como en las boticas en las que hay de todo, se entiende. Lo único que no encontrareis son secretos personales, así que no los busquéis. Aunque quizá debería haberlos incluido, recordando aquellas palabras de Manuel Azaña de que “en España la mejor manera de guardar un secreto es escribir un libro”. Algunos relatos han salido de un tirón y otros han requerido más trabajo. Pero ya se sabe que eso del trabajo es muy relativo. A veces le dedica uno muchas horas a algo y el resultado deja mucho que desear. Recordemos lo que decía Oscar Wilde: “me pasé toda la mañana corrigiendo las pruebas y quité una coma; por la tarde volví a ponerla”. Creo que sé de qué hablaba.

A pesar de que éste sea mi segundo libro, me considero un novato en estas lides y carezco del habitual ego hinchado de la mayoría de los del gremio, por lo que cualquier comenta-

rio positivo que me hagáis será bien recibido, no os cortéis. Mera cuestión de autoestima. Mis pretensiones son mucho más modestas que las de Gabriel García Márquez, quien, sin el menor recato, ha dicho que él escribe para que le quieran..., vamos, para ligar, que ya sabemos lo bien que maneja el lenguaje el maestro de Aracataca, eufemismos incluidos.

Como última razón para publicar este libro, y aún a riesgo de quedar como un cobarde, os confesaré que no quería que cayera sobre mí la maldición de Antonio Machado: “Nunca guardéis lo escrito, porque lo inédito es como un pecado que no se confiesa y se nos pudre en el alma, y toda ella la contamina y corrompe. Os libre Dios del maleficio de lo inédito”. Después de leer esto, ¿qué queríais que hiciera?

Ya por último, quería expresar un doble agradecimiento. En primer lugar, a Ediciones irreverentes y, más concretamente, a Miguel Ángel de Rus, por el gran trabajo realizado. En segundo lugar, a Nancy Fiorini, por sus ilustraciones, excelentes una vez más. El conocido teórico del fútbol y compatriota suyo, Jorge Valdano, dijo en alguna ocasión que no es posible ser sublime de forma ininterrumpida. Ella lo consigue.

Que paséis una buena tarde.

RELATOS DE FICCIÓN

LA OPOSICIÓN

Era agosto, plena canícula, el mercurio no bajaba de cuarenta grados. Mi cabeza estaba a punto de ebullición. Ya quedaba poco: una semana, sólo una semana para el día más esperado. Aunque mis amigos me habían prevenido del peligro de pasarme de rosca, de estudiar demasiado y perder el contacto con el mundo real, a mí todo ese tipo de cautelas siempre me han parecido pamplinas, excusas de mediocres. Haciendo caso omiso de las mismas, había preparado el examen con todo el rigor necesario. Al fin y al cabo, la cátedra de Filosofía Moral de la Universidad de Cuernavaca no la consigue cualquiera. A lo largo de los tres años dedicados íntegramente a aquella oposición, mi vida había cambiado de forma radical. Mi novia y mis amigos habían pasado a ser historia y su lugar había sido ocupado por otros personajes de mayor interés: Epicuro, Hume, Nietzsche, Kant, y otros de ese calibre. Pero, por quien yo sentía más admiración era por mi maestro, por la mente más brillante de Occidente, por el autor de “La rebelión de las masas”. ¡Qué lejos estaba yo de sospechar, sin embargo, que aquella misma tarde iba a conocerle en persona! Me hallaba completamente enfrasca-



do en la lectura de una de sus obras cuando llamaron al timbre. Me acerqué a la puerta y pregunté:

- ¿Quién es?
- Soy yo
- Sí, yo también soy yo. Insisto: ¿Quién es?
- Soy yo y mis circunstancias.

Abrí y, efectivamente, era él. Mantuvimos una larga conversación, resultado de la cual se acrecentó en mí el deseo de escapar a toda costa de la mediocridad reinante en el mundo de hoy. Desde aquella tarde nos hemos vuelto inseparables el maestro y yo, y no paramos de viajar por el mundo entero dando conferencias. Allá donde vamos, nos reciben con todos los honores unos señores muy elegantes vestidos de blanco impoluto.



UN CASO DIFÍCIL

Estoy absolutamente desbordado por este caso. En mis más de veinte años de servicio en la policía científica es la primera vez que me ocurre algo parecido. Y ello no es porque me encuentre en la más completa inopia, sino precisamente por todo lo contrario. Cuento con todas las piezas del puzzle y éstas encajan a la perfección. El único pero crucial problema radica en que ninguna de las piezas corresponde a la del asesino de la señora Higgins.

Conozco con precisión la hora exacta en que se produjo el crimen: las cinco de la tarde (según ha concluido nuestro laboratorio de Edimburgo), y conozco al detalle cada uno de los movimientos efectuados en torno a dicha hora por los principales sospechosos (el señor Higgins y el jardinero).

El señor Higgins asegura que estaba cazando mariposas en un bosque cercano a la casa cuando su esposa falleció. Su testimonio es avalado por la declaración jurada de un ornitólogo, quien afirma haberse encontrado esa tarde con el mencionado señor en el mencionado bosque, y haber mantenido con él una larga conversación en torno a los movimientos migratorios de las mariposas monarca.

El jardinero, por su parte, aunque jura y perjura que él sí estaba en la casa cuando la señora Higgins falleció, lo cierto es que se encontraba bien lejos de la misma: concretamente, en un cobertizo cercano al molino, revolcándose con la mujer del molinero. Los hechos acaecieron tal como sigue. Aquella tarde, el molinero se echó una siesta bastante más corta de lo habitual. Al despertarse y comprobar que su

mujer no estaba, se dispuso a buscarla por los alrededores. Según pasaba el tiempo infructuosamente, empezó a desesperarse, y según se desesperaba, empezó a llamarla con gritos cada vez más fuertes. Tan fuertes terminaron siendo los gritos, que los dos amantes se percataron de la llegada del marido con tiempo suficiente: ella, con tiempo suficiente de simular que se había acercado al cobertizo a vigilar las gallinas, y él, con tiempo suficiente de escapar por la puerta trasera corriendo como alma que lleva el diablo. Las prisas con las que iba, unido a lo accidentado del terreno, hicieron que el jardinero trastabillara y se rompiera dos costillas. La adúltera ha sido quien ha confesado los hechos, intentando con ello exonerar al adúltero de toda culpa en el asesinato de la señora Higgins, y, aunque el adúltero, temiendo más la ira del marido engañado que el peso de la justicia, lo niega todo, sus dos costillas rotas, cuya causa no logra explicar de ninguna manera, me inducen a pensar que su pecado, antes que contra el quinto, fue contra el sexto mandamiento.

Así las cosas, me pregunto quién pudo cometer el crimen. La señora Higgins era un ser adorable y no había nadie en la comarca que tuviera motivos para desearle mal alguno. Las coartadas de las personas que vivían con ella son firmes. Es desesperante. Este caso está siendo más peliagudo de lo que pensaba. Se está convirtiendo ya en una cuestión de amor propio. Si no soy capaz de resolverlo, habré deshonrado mi profesión y no podré ser llamado un verdadero policía sino un simulacro de tal... ¡Eureka! ¡Ya está! Esa es la solución del caso: que yo no soy un policía. ¡Eso es!, yo no soy un policía sino un simulacro, una representación de un policía. Y aquí no ha habido crimen que valga, sino una representación de un crimen. Y no habiendo crimen, no ha habido asesinato, con lo que difícilmente hubiera podido dar con él. Sólo me resta averiguar, ya sea por una cuestión de orgullo, quien

ha perpetrado esta estafa, este engaño. En otras palabras, quién es el autor de este cuento. Seguro que será alguno de esos escritores postmodernos, tan dados a los juegos metaliterarios y otras zarandajas. Vila-Matas, probablemente. Pero antes de acusar a nadie sin pruebas, leeré el título del relato, a ver si eso me da alguna pista. Ahí está: “Un caso difícil”. Retrocederé unas páginas a ver si averiguo el nombre del gracioso. Lo encontré: Juan Alberto Campoy. Se creará ingenioso el tío.

(Nota: La idea del desenlace de este cuento está basada en un relato de Wenceslao Fernandez Florez)



LA LECTORA

Reflexionando hoy, con la perspectiva que el paso del tiempo ofrece, veo nítidamente que fue una gran torpeza por mi parte y que lo único sensato era dejar que las cosas siguieran como estaban, pero aquella tarde de verano estaba tan henchido de amor mi corazón y era tanta la alegría y la felicidad que en su presencia sentía, que me envalentoné y le confesé la verdad. Recuerdo que ella leía el penúltimo capítulo de “Miguel Strogoff”:

“Entonces, la estatua viviente se animó; el ciego marchó directamente hacia Ivan Ogareff y, situándose frente a él, dijo:

-¡Sí, veo! ¡Veo la señal con la que te marqué, cobarde traidor! ¡Veo el sitio en donde voy a hundirte el cuchillo! ¡Defiende tu vida! ¡Es un duelo lo que me digno ofrecerte! ¡El cuchillo me basta contra tu espada!

-¡Ve! -se dijo Nadia-. Dios misericordioso, ¿es esto posible?”

Entonces fue cuando se lo dije. Le dije que yo también veía, y que no podía dejar de ver y de admirar su rostro, sus ojos, sus labios, su cabello, sus manos, sus gestos. Le dije que la quería y que no podía vivir sin ella. Le juré que no habría más mentiras en adelante. Nunca regresó. Como Ícaro, me acerqué demasiado al sol y mis alas se quemaron.



EL REGRESO DEL HÉROE

No sé quién te has creído que eres para hablarme así. Si aquí hay alguien que tiene motivos para hacer reproches, ese alguien soy yo. Me dijiste que te ibas por unos días, que a lo sumo sería cuestión de una semana, el tiempo necesario para ajustarle las cuentas a un desgraciado que se había enamorado de la mujer de un amigo tuyo. Y han pasado veinte años, veinte años sin saber nada de ti. No te iba a guardar ausencia eternamente... Te esperé hasta hace bien poco, hasta que me enteré de la vida que llevabas. ¿Te creías que no lo sabría nunca? Has dilapidado la fortuna familiar en el Circe, en el Calypso y en otros lugares de peor reputación todavía. Y, lo que es peor, has mancillado mi honor y el de mi familia. ¿Y todavía tienes el cuajo de echarme en cara que te haya sido infiel? En lugar de preocuparte tanto de los cuernos de los demás y dejar a tu mujer abandonada, más te hubiera valido preocuparte de que no te salieran a ti esos tan hermosos que ahora luces. Así es que lo mejor será que este reencuentro nos sirva también como despedida. Y no la prolongues innecesariamente con esos cuentos de cíclopes y de sirenas, que de verdad que no hay quien se los trague. Con todas esas excusas mejor sería que escribieras un libro. Siempre fabulando para encubrir tus faltas. Nunca cambiarás, Ulises.



UNA NOCHE TOLEDANA

Me despierto otra vez con un insoportable dolor de cabeza. No sé cuantas veces me habré despertado ya a lo largo de la noche. O quizá sea ésta la primera vez. Quizá las anteriores veces no fueran sino pesadillas. Pesadillas recurrentes en esta noche de pesadilla Me duele tanto la cabeza que no soy capaz de distinguir lo que es real de lo que no lo es. Me entra incluso la duda de si ahora mismo no estaré soñando. Por unos instantes cruza mi mente la idea de pellizcarme para salir de dudas, pero la descarto inmediatamente por infantil y absurda. Tanto si estuviera despierto como si no, un pellizco no dejaría de ser un pellizco, y, si bien es cierto que un pellizco soñado no hace ningún efecto a una persona despierta, ese mismo pellizco le puede hacer ver las estrellas a la persona que lo está soñando.

Le doy vueltas obsesivamente al asunto, pero no logro dar con una prueba concluyente, una prueba que me aclarare definitivamente si estoy despierto o soñando. Quizá esa prueba no exista. O quizá no exista una sino dos pruebas: una para el caso de que estuviera despierto y otra para el caso de que estuviera soñando. Habría que efectuar entonces las dos pruebas y cruzar los dedos para que ambas nos dieran el mismo resultado, ya que, si no, estaríamos perdidos. Nunca llegaríamos a saber quienes somos en realidad, cual es la consistencia de nuestro ser más profundo. O, mejor dicho, cómo de profundo es nuestro ser. Milan Kundera hablaba de la insoportable levedad del ser y quizá tuviera razón, pero si el ser es insoportablemente leve, el no ser ya ni te cuento. Y el estado del sueño

está a caballo entre el ser y el no ser, pero, tengo para mí, que está más cerca de este último.

Hace un calor sofocante. Voy al lavabo y me refresco con agua fría. A continuación, pongo la radio. En el aire, uno de esos programas para corazones solitarios: “Pálpitos en la noche”. A continuación, empiezo a disolver una aspirina. Mientras lo hago, caigo en la cuenta de que todos estos sucesos ya han ocurrido antes esta misma noche: el agua fría, los pálpitos en la noche, el ácido acetilsalicílico..., todo. Consulto el reloj: las cinco de la mañana. Recuerdo que todas las veces anteriores también eran las cinco de la mañana. Ello parece indicar que me hallo inmerso en una pesadilla. No obstante, tras un análisis concienzudo de la situación, concluyo que se trata de una deducción precipitada. No sé si estoy despierto o soñando, pero esto empieza a parecerse a la película esa de Bill Murray, ¿cómo se llama?... ah sí: “El día de la marmota”. Aunque no os creáis, hay gente que le encuentra la gracia a eso. Nietzsche, como era ateo el pobre, se inventó aquello del eterno retorno como sustituto del paraíso, pero a mí, por muy orgulloso que esté de mis acciones, eso de repetirlas una y otra vez (“ad nauseam”, que se dice), pues como que no. No le veo la chispa, la verdad.

Necesito pensar que estoy despierto y tengo la situación bajo control, aunque ya digo que eso no está nada claro. Ahora trataré de autoinducirme un sueño feliz y relajado para que no vuelvan las pesadillas, en el caso de que lo fueran, que tampoco está nada claro. Adopto la posición del loto y me concentro en pensamientos positivos. De repente, a pesar de mi alto grado de concentración, no puedo dejar de advertir que la lámpara de araña del techo se me viene encima. Recuerdo que pasó igual en las veces anteriores. Entonces despertaba. Espero que todo esto no sea sino una terrible pesadilla.

RENACIMIENTO

Acababa de ver un documental en la televisión sobre el jainismo. En él se contaba como, para esta religión, todos los seres vivos del planeta son igualmente valiosos, ya se trate de una bacteria o de un ejecutivo de Wall Street. De forma coherente con este principio, los jainistas barren previamente el suelo por el que van a pisar para no matar accidentalmente a ningún bichito. Asimismo, se cubren la boca con una mascarilla para evitar tragarse ningún insecto de forma casual. Una vez apagado el televisor se percató de la presencia de una hormiga a su lado, en el sofá. Si se hubiera tratado de otro bicho más molesto, ¿qué se yo?, de una mosca o de una avispa, quizá se hubiera planteado el hecho de aniquilarlo, pero... ¿una hormiga?, ¿qué daño podía hacerle a nadie una hormiga?, ¿qué daño podía hacerle a él esa hormiga? No, no la mataría. Y menos después de haberse enterado de lo de los jainistas y su forma de entender la vida. Pero, por otra parte, no quería que la dichosa hormiga estuviera más tiempo en su apartamento, hasta ahí podíamos llegar. En resumidas cuentas, había que deshacerse de ella pero sin eliminarla físicamente.

Recortó un trozo de periódico de la sección de Economía y colocó en él a la hormiga. A continuación se dirigió a la terraza y arrojó el papel a la calle. Apoyado en la barandilla, esperó el suave aterrizaje de la improvisada nave espacial, pero, en su lugar, lo que contempló fue un amerizaje, o, mejor dicho, un piscinaje: poco a poco la nave se había ido escorando más y más hasta que su vuelo terminó en el interior de la



piscina de la urbanización. Súbitamente le asaltó un intenso sentimiento de culpa: la había matado, no había querido hacerlo, pero lo había hecho. No tenía perdón de Dios. Unos instantes después, ya con algo más de calma, pensó que tal vez, quien sabía, tal vez la nave no había sido completamente inundada y la tripulante mantenía aún sus constantes vitales. Se agarró a esa posibilidad como a un clavo ardiendo.

Salió corriendo hacia los ascensores. Como suele suceder en estos casos, los dos estaban ocupados. Esperó un tiempo, hasta que se hartó de esperar y optó por bajar los siete pisos de escaleras a toda pastilla, saltando los peldaños de dos en dos y de tres en tres. Cuando llegó a la piscina, se encontró con que estaba vallada. No se lo pensó dos veces, se encaramó a la valla y de un salto pasó al otro lado. La nave estaba muy lejos de su alcance, pero, valiéndose de un recogedor (uno de esos artilugios con forma de cazamariposas, de mango muy largo, que se usan para mantener limpia la piscina de hojas de árboles y de porquerías varias), logró hacerse con la nave. No había ni rastro de la tripulante. ¿Qué habría sido de ella? El cadáver no había aparecido, pero era muy probable que en ese mismo instante la hormiguita no figurara ya dentro del mundo de los vivos.

Nuevamente le sobrevino un terrible remordimiento. Se sentía el peor de los hombres, mucho peor que nadie y, desde luego, mucho peor que aquella pobre hormiga, que nada había hecho a nadie. Debía hacer algo, un gesto, algo que le redimiese. Lo justo - pensó - era una vida por otra vida. Se inmolaría para salvarse, para salvar su propia alma, ya que no podía salvar el cuerpo de la hormiga. Tomó una señal metálica que rezaba “Cuidado. Es peligroso bañarse” y se dispuso a atársela. Quería hacer un nudo muy fuerte, no fuera a ser que luego se arrepintiera e intentara salvar su pescuezo como un cobarde. Se acordó de un nudo que aprendió

en sus años mozos en los Boys Scouts: el as de guías. Como cuerda utilizó el cordón de uno de sus zapatos. Hizo un gran lazo y recordó: “la serpiente sale del lago, sube al árbol, le da una vuelta y entra en el lago”. Ya estaba, había funcionado. Se ató a la señal y saltó a la piscina.

Cuando ya llevaba un rato en el agua y empezaba a faltarle el oxígeno, tuvo una de las experiencias típicas de todas las ECM (experiencias cercanas a la muerte): se vio a sí mismo desde fuera de sí mismo. Y vio que era un pobre hombre lleno de miedos y de complejos..., y se compadeció por ello. Vio que también él, como todos los seres vivos, era digno de ser amado y que merecía una segunda oportunidad. Intentó deshacer el nudo a toda prisa. A ver - se dijo -, aplicando la lógica, la serpiente habrá de deshacer el camino ya hecho: primero habrá de salir del lago, luego habrá de dar una vuelta al árbol y finalmente habrá de entrar en el lago. Al comprobar que los pasos que tenía que dar eran prácticamente idénticos a los que se requerían para hacer el nudo, se preocupó sobremanera. Descartó la lógica y se decantó por la intuición. A pesar de que las fuerzas le escaseaban (había perdido un tiempo precioso con la serpiente de las narices), al cabo de unos segundos ya casi estaba, un último esfuerzo y lo habría conseguido. Finalmente le asaltó una fortísima sensación de mareo que le dejó inconsciente.

Al cabo de un tiempo volvió en sí. Tumbado en el césped, una guapa socorrista le practicaba el boca a boca. A él, aquello le pareció el más tierno de los besos. Por unos instantes pensó si no se encontraría ya disfrutando de las mieles del paraíso.